

5ºD. CUARESMA. EVÁNGELIO SEGÚN SAN JUAN 11,1-45.

En aquel tiempo las hermanas le mandaron recado a Jesús, diciendo:

-Señor, tu amigo está enfermo.

Jesús, al oírlo, dijo: -Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos:

-Vamos otra vez a Judea.

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: -Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

Jesús le dijo: -Tu hermano resucitará.

Marta respondió: -Sé que resucitará en la resurrección del último día.

Jesús le dice: -Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?

Ella le contestó: -Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

Jesús, muy conmovido preguntó: -¿Dónde lo habéis enterrado?

Le contestaron: -Señor, ven a verlo.

Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: -¿Cómo lo quería!

Pero algunos dijeron:

-Y uno que le ha abierto los ojos, a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?

Jesús, sollozando de nuevo, llegó a la tumba. (Era una cavidad cubierta con una losa.)

Dijo Jesús: -Quitad la losa.

Marta, la hermana del muerto, le dijo: -Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.

Jesús le dijo: -¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?

Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo:

-Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que Tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que Tú me has enviado.

Y dicho esto, gritó con voz potente: -Lázaro, ven afuera.

El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

Jesús les dijo: -Desatadlo y dejadlo andar.

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

RESUCITAR A LA VIDA

En una catequesis de S. Juan Pablo II se hace referencia a un texto de San Agustín que nos ofrece **«la clave interpretativa»** de los milagros de Cristo como señales de su poder salvífico. **«El haberse hecho hombre por nosotros ha contribuido más a nuestra salvación que los milagros que ha realizado en medio de nosotros; el haber curado las enfermedades del alma es más importante que el haber curado las enfermedades del cuerpo destinado a morir. (San Agustín, In Io. Ev. Tr., 17, 1)».**

En orden a esta salvación del alma y a la redención del mundo entero Jesús realizó también milagros de orden corporal. Por tanto, mediante los **«milagros, prodigios y señales»** que realizó, Jesucristo ha manifestado **«su poder de salvar al hombre del mal»** que amenaza a su alma inmortal y **«su vocación a la unión con Dios».**

La **«resurrección de Lázaro»** es el último de sus grandes signos en el Evangelio de Juan y el más importante, aparte, naturalmente, de su propia resurrección. Jesús está al final de su actividad pública y en todos sus signos, **«a través de un acontecimiento sensible»**, nos hace ver **«una realidad mucho más profunda».**

Las resurrecciones de Lázaro y de Jesús son **«signo»** anticipado de eso a lo que todos debemos aspirar: **«vivir aquí y ahora con la nueva Vida del Espíritu».** **«Ahondar en este pensamiento»** es lo verdaderamente importante para nosotros de este Evangelio. Y preguntarnos, **«¿es la muerte biológica el final de todo?»**

La realidad que hoy nos toca vivir por la «pandemia» es una, no pequeña, lección de vida, un «signo» que nos está hablando al corazón. Todos tenemos una vida para vivirla con ilusión y defenderla de todo peligro. Hemos de superar esa idea de «esta vida» y «la otra vida». Para Jesús no hay más que «una Vida» y esta nos viene de Dios. Podemos vivirla de un modo «engañoso, para la muerte», o de una forma «verdadera, para la Vida».

Jesús de Nazaret nos enseña que quien vive la vida con sentido, la reencuentra «plenificada y eternizada» y que al final no hay un derrumbamiento de todo. Cuando se vive de verdad, la Vida se va «acumulando, construyendo, fortaleciendo» hasta su vuelta a Dios.

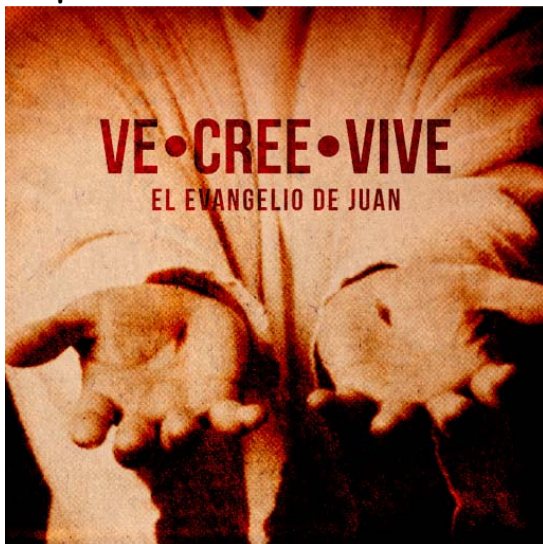
La muerte de Lázaro representa la «universalidad de la muerte biológica», una muerte que alcanzó también al propio Jesús y a sus seguidores y a la que el Mesías de Dios vino a derrotar en su propio terreno. «Lo logrará muriendo y resucitando».

«Tu hermano resucitará», le dijo a Marta. Marta interpreta la resurrección de Jesús como una alusión a la resurrección de los muertos que sucederá al fin de los tiempos, según la creencia judía. Su respuesta, «sé que resucitará en la resurrección del último día» delata su decepción.

Pero Jesús le responde con las palabras más importantes de este Evangelio: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?»

Jesús no se refiere explícitamente a la resurrección del último día, como cree Marta, sino que, Él mismo, se identifica como «la resurrección y la vida». «Jesús viene a comunicarnos la Vida que Él mismo posee». No se trata, pues, de esperar hasta el último día para resucitar, para poseer la vida eterna, como pensaba Marta. La Vida que nos comunica Jesús supone un nuevo nacimiento en «Espíritu» que supera incluso a la muerte en la persona que la posee.

Somos «muertos en vida» y para resucitar a la Vida que Jesús nos trae, hay que «creer en Él» y consecuentemente, «aceptar su forma de vida como única norma» de nuestra existencia. Quien así lo hace se va transformando desde dentro en una «persona nueva», adquiriendo una calidad de vida indestructible.



En esta liberación no sirven los actos aislados y menos las solas palabras, es «toda la vida» de la persona la que debe estar «comprometida». «El paso de la muerte a la Vida definitiva se va realizando a lo largo de toda la vida», escuchando a Jesús y realizando lo escuchado.

Después de la muerte biológica el creyente fiel recibirá, como «don del Padre», toda esa Vida que ha ido acumulando día a día. Es lo que hizo Jesús: su resurrección comenzó en Belén al elegir la pobreza y continuó, primero en Nazaret, con una vida irrelevante y luego, como «profeta itinerante entregado al bien de los hermanos», hasta llegar a la Cruz.

La vida que nos trae Jesús no está, pues, relegada al futuro, sino que se vive como «experiencia de presente». La resurrección y la vida eterna la alcanzan, «ya desde ahora», quienes creen y viven como Jesús. La muerte biológica, por la que todos irremediablemente tenemos que pasar, no supondrá una interrupción de la vida, sino únicamente una necesidad biológica.

«¿Crees esto?» le dijo a Marta. Y nosotros, «¿creemos de verdad que en Él está la Vida definitiva y que esta Vida se comienza a vivir aquí y ahora, en la medida en que vivamos como Él vivió?» ¡Ojalá que así sea!